



Mirando al Bicentenario

Reflexiones sobre el Bicentenario y Memorabilia

Natalio R. Botana

Georges Clemenceau

Rosendo Fraga

Luis Alberto Romero

EDICIONES **B**

Mirando al Bicentenario

Reflexiones sobre el Bicentenario
y Memorabilia

Natalio R. Botana

Georges Clemenceau

Rosendo Fraga

Luis Alberto Romero



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito • Santiago de Chile

Índice

GEORGES CLEMENCEAU: LA ARGENTINA DEL CENTENARIO

| | |
|-------------------------|----|
| Natalio R. Botana | 9 |
| Prólogo | 11 |

LA ARGENTINA DEL CENTENARIO

| | |
|--|----|
| Georges Clemenceau | 19 |
| Buenos Aires: el puerto y la ciudad | 21 |
| El Jardín Botánico | 25 |
| El Jardín Zoológico de Buenos Aires | 27 |
| Paseos, jardines públicos y monumentos | 29 |
| Los "latinos" de América del Sur | 31 |
| El Congreso Panamericano | 33 |
| Exposición internacional de Buenos Aires | 34 |
| El patriotismo argentino | 37 |
| El elemento revolucionario y la represión | 39 |
| La "argentinización" | 41 |
| La colonia francesa de Buenos Aires | 42 |
| Los francoargentinos y la ley militar | 43 |
| Un gran francés: Paul Groussac | 44 |
| Las otras colonias extranjeras | 46 |
| La Argentina y la Madre Patria | 47 |
| El "de Selves" de Buenos Aires | 48 |
| Las escuelas | 49 |
| Los hospitales | 51 |
| Una curiosa casa de locos: Open Door | 52 |
| Las prisiones | 54 |
| La sociedad argentina | 57 |
| La sangre india | 58 |
| La familia | 60 |
| El juego y la especulación | 63 |
| El "Jockey Club" de Buenos Aires y el Hipódromo de Palermo | 64 |
| El tigre | 66 |
| Comodidad y cocina | 66 |
| El gobierno argentino | 68 |
| Los hombres en el poder | 69 |
| El Parlamento | 71 |
| La prensa | 73 |

| | |
|--|-----|
| La propiedad literaria | 75 |
| La "pampa" argentina y la vida del campo | 77 |
| Los ganados | 78 |
| Los resultados de la cría | 80 |
| Los árboles y los animales de la Pampa | 81 |
| El rancho y la estancia | 83 |
| El gaucho de hoy | 84 |
| Los placeres del campo | 85 |
| La gran propiedad de la República Argentina | 86 |
| El estanciero | 86 |
| Cómo doman los peones a los potros | 88 |
| La permanencia de los propietarios en los campos | 89 |
| La caza en la pampa | 90 |
| La caza a la cuerda | 91 |
| Rosario de Santa Fe y Tucumán | 93 |
| El puerto de Rosario | 94 |
| Agricultura y política | 95 |
| El polvo argentino | 96 |
| Un ingenio de azúcar francés | 97 |
| El bosque virgen y los loros | 99 |
| La colonia francesa de Tucumán | 103 |

LA SOCIEDAD ARGENTINA ENTRE DOS BICENTENARIOS

| | |
|--|-----|
| Luis Alberto Romero | 105 |
| I. El Centenario | 107 |
| II. Crecer hacia adentro, 1914 - 1955 | 110 |
| III. Con los conflictos a flor de piel, 1955 - 76 | 112 |
| IV. El país de la democracia y la miseria, 1976 - 2010 | 114 |
| V. Desde el mirador del Bicentenario | 117 |

EL PROCESO POLÍTICO DEL SEGUNDO SIGLO

| | |
|---|-----|
| Rosendo Fraga | 119 |
| I. La hegemonía radical (1910 - 1930) | 121 |
| II. Golpes cívico-militares y peronismo (1930 - 1962) | 125 |
| III. La institucionalización del golpe (1962 - 1983) | 130 |
| IV. La democracia plena | 134 |

ANEXO FOTOGRÁFICO

| | |
|-------------------------------|-----|
| La historia en imágenes | 139 |
|-------------------------------|-----|

Prólogo

El momento en que Georges Clemenceau visitó la Argentina, el año del Centenario, puede ser visto como un paréntesis en una larga trayectoria política. Extensa y además —es casi un lugar común decirlo— sobresaliente. Clemenceau no fue un hombre de Estado de aguas calmas ni tampoco encarnó el retrato del político de trastienda, que cultiva el sigilo y la transacción. Más bien, como se dijo de Carlos Pellegrini, a quien no llegó a tratar en Buenos Aires porque había muerto en 1906, el estilo de Clemenceau evoca la silueta de un “piloto de tormentas”, ubicado por vocación y circunstancia en el corazón de una crisis.

Tal el personaje a quien sus contemporáneos habían apodado “El Tigre” debido, según rezaban entonces los diccionarios más populares, a su *esprit aceré et sa masque*¹. De acuerdo con la imagen más difundida, Clemenceau estaba equipado con los atributos de quien embiste en el terreno de un combate

supremo, aquel por ejemplo de 1917 cuando, a los 76 años, asumió el cargo de Primer Ministro del gobierno de “unión sagrada” que, primero, condujo a Francia a la victoria en la Gran Guerra y luego al reparto de Europa y las colonias en la Conferencia de la Paz de 1919.

Estos acontecimientos decisivos llegaron en la vida de Clemenceau a la hora de un crepúsculo bien ganado después de tantos torneos. El Clemenceau que en 1910 desembarcó en el puerto de Buenos Aires era pues, según los criterios de la época, un anciano (había nacido en 1841) que, con éxitos y fracasos, estaba transitando ese camino de despedida. Paradójicamente, para muchos observadores, Clemenceau era el pasado cuando el futuro, que él habría de encarnar siete años después, muy pocos fueron capaces de prever. Error mayúsculo de una *belle époque* que se juzgaba eterna.

1. Unión sagrada.

Tal vez ni el propio Clemenceau lo haya previsto. Como quiera que fuese, el personaje arrastraba en su paso enérgico de viejo incansable, de poco dormir y de poco comer, una experiencia multifacética. Médico, viajero precoz en su juventud a los Estados Unidos como Tocqueville, Clemenceau fue, amén de político, un humanista admirador de la Grecia antigua, un observador meticuloso y un periodista admirable. Los diarios que a cada paso fundaba —*Le Matin*, *La Justice*, *L'Aurore*, *L'Homme libre*, *L'Homme enchainé*— jalonaron esta empresa. Acaso podría aducirse que fueron los títulos diversos de un solo y gran relato; el de un nacionalista republicano de raíz liberal y jacobina que, al cabo, se empinó sobre esos condicionamientos para reunir en torno de sí la adhesión general.

No en vano entró en las lides políticas de la mano de Léon Gambetta —el prototipo del republicano anticlerical— para convertirse, ya en su madurez, en uno de los mayores protagonistas de la polémica que, hacia 1897, dividió ideológicamente a Francia con motivo de la injusta condena que sufriera Alfred Dreyfus. Fue su amigo Émile Zola quien le entregó en la redacción de *L'Aurore* la Carta Abierta que él había dirigido al presidente Félix Faure para denunciar esa injusticia. Clemenceau la publicó con un título que venció la erosión del tiempo: “*J'accuse*”. Además, con ese talento periodístico para encontrar la palabra justa, se dio el lujo en aquellos días de poner en circulación la palabra “intelectual”, en tanto expresión sintética del compromiso de la gente de pensamiento que se congregaba en torno a esa causa. Fue una invención lingüística duradera.

Semejantes logros no impidieron que (o quizás por ellos mismos) la figura de Clemenceau adquiriese, desde el vamos, aristas polémicas, como si el

racionalismo, que pregonaba, estuviese envuelto por la pasión propia y ajena. Así registró Léon Blum este temperamento mediante un cuadro inmisericorde: “Ese jacobino era, en primer lugar, la encarnación de la razón de Estado, del hecho del príncipe, del orden colectivo prevaleciendo sobre la justicia [...] Era un personaje extraño, que llevaba la misantropía al extremo de un cinismo cruel, que no creía en la pureza ni en la eficacia de ninguna acción humana y, sin embargo, la acción era, para él, una exigencia imperiosa, una necesidad vital”.²

Años más tarde, el presidente Raymond Poincaré disparaba hacia su Primer Ministro críticas aún más devastadoras en las páginas de su diario personal (a la distancia, un curioso paralelismo con los epítetos de que se valían los enemigos de Sarmiento): Clemenceau era en efecto “un loco [...] un hombre viejo, imbecil, vanidoso, [...] atolondrado, violento, engreído, intimidador, despectivo, terriblemente superficial, física e intelectualmente sordo, incapaz de razonar, de reflexionar, de seguir una conversación”.³ La mirada, mucho más inclemente que la de Blum, no admitía matiz alguno, quizás porque Clemenceau hacía de la dureza, en determinadas ocasiones, su virtud principal. “Por favor, no me interprete mal —le dijo en 1919 al presidente de los Estados Unidos Woodrow Wilson—, también nosotros vinimos al mundo con los nobles instintos y las elevadas aspiraciones que usted expresa tan a menudo y con tanta elocuencia. Nos hemos convertido en lo que somos, porque nos ha moldeado la mano brutal del mundo en el que tenemos que vivir y hemos sobrevivido sólo porque somos gente dura”.⁴

Todo parecía concurrir a forjar este perfil de coraje. Como ministro del Interior en 1905 tuvo que

2. Léon Blum, *Gil Blas*, p. 81, citado por Michel Winock, *Le siècle des intellectuels*, París, Seuil, 1997, p. 23.

3. Citado por Margaret MacMillan, *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*, Barcelona, Tusquets, 2005, pp. 64 y 259.

4. Citado por Margaret MacMillan, *op.cit.* p. 52.

aplicar la ley de separación de la Iglesia y el Estado que despertó enconadas resistencias; cuando le tocó enfrentar huelgas obreras lo hizo recurriendo a la intervención del ejército; cuando asumió por vez primera las funciones de Primer Ministro entre 1906 y 1909, poco antes de su viaje a la Argentina, Brasil y Uruguay, tuvo que enfrentar a Alemania en el asunto del reparto colonial. Siempre Alemania hacía las veces de enemigo principal, infundiéndole en Clemenceau un “odio perpetuo” que estallaría en la gran contienda. Tan blindado estaba en el contexto agonal de la política y la guerra que, cuando una bala atravesó su torso en el atentado de febrero de 1919, exclamó: ¡Me han disparado por la espalda sin atreverse a dispararme de frente!”⁵

El lector de estas páginas periodísticas del diario de un viajero en la región del Plata deberá precaverse de los contrastes que, de inmediato, podrá advertir entre el espesor de esa biografía y el aire de inteligente liviandad que rezuma el relato. Hablamos hace un momento de paréntesis y tal vez habría que añadir que ese intervalo está habitado por la lucidez del periodista, la atención que se presta a los detalles pintorescos ignorados en el Viejo Mundo, y los golpes de efecto que produce una mirada política experta en destacar con elegancia las luces y sombras de un escenario histórico.

Esta combinación de perspectivas era necesaria para colmar el vacío inevitable que generaba una rápida excursión de unas pocas semanas en la Argentina, principalmente ubicada en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores rurales (aunque el viajero llegó hasta Tucumán pasando por Rosario). Debido quizás al tipo de lector al cual se dirigía *L'Illustration* —un lujoso producto parisino, como su título indicaba, consagrado a divulgar, mediante grandes reportajes con fotografías y dibujos, acontecimientos,

geografías y costumbres— las notas que dio a conocer Clemenceau entre el 28 de enero y el 22 de abril de 1911 transmiten, con cordialidad e ironía, aquella feliz combinación de estilos.

Evidentemente, Clemenceau conocía a la perfección uno de los oficios que practicaba. No desembarcó en Buenos Aires a la manera de un hombre político en acción sino como un observador que, si bien se complace en deslizarse sobre la superficie, en ciertos momentos abre con aire magistral el cerrojo para entender los problemas políticos y sociales de nuestro tiempo del Centenario. Munida de esos atributos, esta narración, junto con las de Adolfo Posada, Enrico Ferri, James Bryce y José Ortega y Gasset, entre otros, se inscribe con peso propio en el conjunto de fuentes historiográficas que proporcionan los viajeros llegados a nuestro país entre 1910 y 1916.

El ambiente social y cultural, político y económico, era —qué duda cabe— hospitalario. En la Argentina de aquel entonces comenzaba a cobrar cuerpo la costumbre de mostrarse, en especial a los extranjeros ilustres que nos visitaban. Latía en estos gestos la actitud compartida por una élite dirigente dispuesta a probar el éxito de un proyecto iniciado medio siglo antes de que, en esa fecha simbólica de los cien años de Independencia, alcanzara su plena consumación. Se decía que la Argentina progresaba porque producía riqueza, atraía grandes contingentes de inmigrantes europeos y estaba dispuesta a reformar, mediante nuevas leyes electorales, unas prácticas políticas viciadas por el fraude y la escasa participación de la ciudadanía en los comicios.

La riqueza, propia de un país abundante en recursos naturales, se volcaba gracias al desarrollo de la infraestructura en el comercio exterior, derivando de ello consecuencias positivas a pesar de la ineptitud de los gobiernos o de las gruesas fallas que se advertían

5. *Ibid.* p. 201.

en la estructura social. Tan fuertes eran esas realidades e imágenes del progreso espontáneo que, según alguna expresión de Clemenceau no registrada en estas páginas, la Argentina era para él tan rica que progresaba de noche mientras el gobierno dormía.

Semejantes concepciones del progreso, típicas de la vertiente del liberalismo clásico de los siglos XVIII y XIX, se traducían, a ojos del viajero, en la gran ciudad porteña que se extendía a la vera de un río con el “agua de un ocre sucio”. Las metáforas del “río color de león”, que de la mano de Victoria Ocampo tendrían después un *succès d'estime*, están aquí de más. Pero esa suciedad la proporcionaba una naturaleza que aquella “gran ciudad de Europa”, argentina “hasta la médula de sus huesos”, estaba decididamente dispuesta a superar. Para satisfacción de quienes buscaban llevar a cabo el gran designio de europeizar el país, según había enseñado Alberdi, Clemenceau les daba la razón: la Avenida de Mayo evocaba a Oxford Street, la arquitectura era italiana y los elevadores de granos y frigoríficos se perfilaban como gigantes en el horizonte: un horizonte, claro está, de desarrollo material en el que, sin embargo, se introducían las buenas costumbres de un lazo familiar mucho más estrecho que en Europa.

Buenos Aires, “la ciudad a la que no se podía ver el fin”, era pues una creación urbana que, a la vez que miraba al exterior, asimilaba y argentinizaba a los inmigrantes con una velocidad pasmosa. Esta amalgama impactó a Clemenceau y asimismo lo inquietó como nacionalista que era. Cuando preguntó a un hijo de inmigrante si en su casa hablaban italiano o español, el niño “respondió orgullosamente: en casa todos hablamos argentino”. Este fenómeno era para Clemenceau novedoso, aunque, en realidad, expresaba los resultados de una política de nacionalización consciente que, con antecedentes en la prédica de Sarmiento, intentaba consolidarse con las leyes laicas de los años ochenta y con la ley de obligatoriedad del idioma nacional en las escuelas

sancionada en la década del noventa. Tras la opinión acerca de la facilidad con que se integraban los inmigrantes en una “aglomeración latina” ya se columbraban los efectos de unas leyes que, en algunos casos, tenían cerca de treinta años de vigencia. Hasta los propios franceses, reconocía Clemenceau, “marchaban en la delantera del contagio argentino con una sorprendente facilidad”.

Esta asimilación en nada empalidecía el brillo de que hacía gala la colectividad de sus compatriotas a través de Paul Groussac —director de una Biblioteca Nacional “sin rival en América del Sur”—, a quien, como al suegro de Tácito, “le gustaba más ofender que odiar”, y del paisajista Carlos Thays cuya mano “genial” había dado a luz jardines botánicos, parques y paseos. El contrapunto entre los paisajes a la europea y las grandes extensiones de la pampa productiva, sin árbol alguno que recordar, salvo “el inútil ombú”, es un tema recurrente en estas páginas. Otra versión del desierto, con esos bosques salvajemente explotados para instalar los durmientes de los ferrocarriles que transportaban productos agrícola-ganaderos y brazos humanos. Estos últimos, criollos e inmigrantes sin “protección alguna” en el mundo rural, se radicaban en una ciudad que, holgadamente, se empinaba sobre el millón de habitantes.

Las consecuencias de esta falta de arraigo rural eran los “miserables conventillos” urbanos en donde “reina en toda su fealdad la miseria europea”. La pampa fértil que había dado forma “al hombre y al país” no tenía un poder de atracción suficiente para arrancar a los inmigrantes del hacinamiento urbano. Mientras tanto, para unos y otros, el mundo exterior era la meca en la cual inspirarse hasta el punto de que, salvo alguna mención a Enrique Larreta, nadie entre la gente culta le decía una palabra a Clemenceau sobre literatura argentina. He aquí un paralelismo sugestivo: en aquel Buenos Aires de 1910 se “argentinizaba” hacia abajo, con la atención puesta en los hijos de los inmigrantes, al paso que la élite se “europeizaba”.

Con respecto al mandato de impartir las primeras letras a los vástagos de los recién llegados en las escuelas públicas, Clemenceau emitió un juicio ambivalente. Observó con satisfacción —no podía ser de otra manera en virtud de sus antecedentes ideológicos— el carácter laico y obligatorio de la enseñanza; subrayó el carácter tolerante del clero (lo que le hacía pensar que la Argentina estaba cerca de la separación entre la Iglesia y el Estado), sin omitir de paso un juicio crítico basado en que esa enseñanza elemental era “incompleta”, con un turno de pocas horas y una cifra de exclusión escolar “enojosamente elevada”. Había provincias donde el déficit de establecimientos escolares era tal que constituía “un verdadero escándalo en una nación civilizada”. Si a ello se sumaba la debilidad de la escuela secundaria, sólo compensada por la excelencia de la enseñanza superior, Clemenceau estaba en condiciones de mostrar los claroscuros del desarrollo urbano en contraposición con un sector rural rico en recursos materiales y pobre en recursos humanos.

Entre ellos, en el nivel más bajo de la escala social, las “aglomeraciones de indígenas que el gobierno trata sin consideración”, aguardaban una necesaria reparación. Clemenceau estaba muy lejos de esgrimir los criterios racistas que entonces postulaban la superioridad natural de las poblaciones de los países centrales. Más bien, se inclinaba a poner de manifiesto la “sencillez, nobleza y dignidad de la población indígena”. En este sentido, la pintura de la fisonomía del vicepresidente electo Victorino de la Plaza, sin mención expresa, es elocuente: “un hombre de Estado que tiene toda la apariencia exterior y quizás también la prudente sabiduría de un cacique puro de los antiguos tiempos”.

De todos modos, esa masa aún disponible para recorrer la ruta del ascenso merced a la educación pública, no estaba del todo a la intemperie. Si las escuelas no despertaron en Clemenceau la admiración que los funcionarios esperaban, los hospitales públicos

satisfacían holgadamente los más avanzados criterios de excelencia. Impresionado por la comunidad ultramoderna de médicos y pacientes, esas instituciones, a la vanguardia de los tratamientos de lo que entonces se llamaba enfermedades mentales, estaban decididamente incorporados a “la corriente de la ciencia europea” y parecían no retroceder ante “ningún esfuerzo de perfeccionamiento”. La organización hospitalaria de carácter gratuito era pues uno de los timbres de honor del progreso porteño.

Con esta percepción acerca de los bienes públicos que adjudicaba el Estado, Clemenceau ponía en evidencia una de las dimensiones del orden político del Centenario. El Estado, efectivamente, educaba, aunque de manera incompleta, se ocupaba de la salud, proveía de seguridad y ponía en funcionamiento en Buenos Aires una prisión modelo. Pero mientras este proceso se desenvolvía, los inmigrantes trabajaban y, si podían, levantaban su hogar doméstico, el régimen político sufría un doble cuestionamiento: el que provenía de los nuevos movimientos sociales en la clase obrera, nacidos al calor del proceso de modernización y el que, en segundo lugar, colocaba a la clase política frente al desafío de alcanzar el nivel de una democracia honesta. Los dos fenómenos se realimentaban en una circunstancia en la que, al menos, coexistían dos planos de comportamientos. En el primero, teñido por conflictos sociales y revolucionarios, había atentados terroristas, huelgas y represiones; en el segundo, podía advertirse el contrapunto entre una opinión escrita en estado de alerta y un público que, por contraste, no salía del círculo de sus asuntos privados sin conceder mayor importancia a esos acontecimientos violentos.

Lo público escindido de lo privado: este fenómeno impresionó a Clemenceau porque, si bien las “violencias de palabras y de hechos han dado a ciertas huelgas un aspecto verdaderamente europeo”, en una sociedad donde la oferta de trabajo es constante, “no parece que una agitación, que es más bien de doctrina

que de malestar social, pueda reaccionar de aquí en adelante en partes considerables del territorio”. Clemenceau verificó esta hipótesis al analizar los efectos de la bomba que en el mes de septiembre de aquel año estalló en el teatro Colón, “el más grande y probablemente el más bello del mundo”. El atentado produjo una “cólera pública” que derivó en la aprobación en el Congreso de una ley “terriblemente represiva” que otorgaba a las autoridades poderes extraordinarios contra las organizaciones anarquistas y declaraba una “especie de estado de sitio” que incluía la deportación a “Tierra del Fuego, en condiciones que nadie puede ni quiere precisar”.

Como político de ley y orden que era, Clemenceau encomiaba la policía de Buenos Aires, “muy bien dirigida por jefes enérgicos” y el desarrollo de la práctica de la huella dactilar para identificar criminales. Empero, este encuadre de la coacción, cercano al que presentaba su propio país, no era el único resorte capaz de contrarrestar esos desafíos violentos. Distante de aquellos estallidos, una sociedad indiferente seguía el curso normal de las cosas buscando enriquecerse —o simplemente trabajar con la esperanza de ascender— en medio de la carestía y de la especulación de la tierra rural y urbana. En los diferentes círculos de población en que se movía, Clemenceau registró esta indiferencia que hacía que “ni los atentados anarquistas ni la ley de represión [fueran] objetos de conversación”. Y, si los interlocutores prestaban alguna atención, rápidamente volvían “a las cuestiones del día”.

Con la perspectiva que abría aquella sociedad civil distante de las turbulencias públicas, Clemenceau analizó el régimen político del Centenario. Le sobraba —ya lo hemos dicho— experiencia y talento periodístico, en especial cuando la dirigencia política encaraba el programa de la reforma electoral. Se estaba trazando así un arco reformista que iba del oficialismo a la oposición todavía revolucionaria del radicalismo, pasando por los socialistas, mucho más atentos a la legalidad vigente.

Clemenceau no llegó a ser testigo de los efectos del programa reformista del presidente electo Roque Sáenz Peña, pero le bastó con algún golpe de vista para entender lo que pasaba y al mismo tiempo proyectar un futuro político apetecible. El primero tenía que ver con el pasado sangriento de la era de las revoluciones. Admirado al contemplar cómo “tanta paz amable” ha sucedido a “tantos furores”, Clemenceau comprobaba en los hechos lo que le decía un político: “La riqueza nos ha calmado”. La trayectoria del senador Benito Villanueva, grato anfitrión en las visitas al hipódromo de Palermo y a las islas del Delta del Paraná, le revelaba cómo el mundo de los negocios se entrelazaba estrechamente con el mundo político, marcando así el pasaje del tiempo antiguo de los levantamientos y guerras civiles a la época contemporánea, ciertamente menos heroica, del progreso económico.

Aun así, sobre este terreno aparentemente apacible, se agitaba la opinión orientada por una prensa escrita de excelente calidad: *La Prensa*, *La Nación*, *El Diario*, las revistas ilustradas *P.B.T.* y *Caras y Caretas*, toda esa producción abigarrada a la cual debían sumarse los periódicos partidarios, iba formando círculos concéntricos sobre un régimen político aquejado por el predominio excesivo del Poder Ejecutivo sobre el resto de los poderes. En este sentido, Clemenceau hacía suyas las críticas que circulaban abundantes en la prensa. Al igual que en Europa continental, en el trance de una tortuosa imitación de las instituciones británicas, los sudamericanos se habían apropiado del texto de la Constitución norteamericana, pero “no del espíritu que la hace vivir”. La Argentina no era ninguna excepción en este proceso de difícil adaptación. Para colmo, la pésima organización de los debates en el Congreso, “que se parece mucho al gusto pueril de las escenas teatrales”, contribuía a consolidar esa suerte de supremacía monárquica concentrada en el Presidente (un presidente que, en la figura de José Figueroa Alcorta, soportaba su infortunio de *jetattore* con elegancia y “tranquilidad”).

Los rasgos de una sociedad civil indiferente que coexistían con la actividad de los diarios y con un régimen dominado por la praxis del Poder Ejecutivo, siempre atenta a controlar la sucesión presidencial, configuraban el perfil de la política durante aquel año de celebración, conflicto y balance. Indiferencia del cuerpo electoral, corrupción del voto, presiones de todo tipo sobre la voluntad ciudadana: Clemenceau aceptaba con resignación estos defectos pero, en buen político republicano desdoblado en periodista, apostaba de inmediato a favor de la acción benéfica de la opinión pública.

Vale la pena reproducir este párrafo: “Se os dirá seguramente [...] que el presidente de la República, por su acción sobre las legislaturas del Estado elige, de hecho, su sucesor, y esta aserción no deja de tener cierta dosis de verdad. Sin embargo, si fuera rigurosamente así, el mismo partido se perpetuaría indefinidamente en el poder, lo cual no ocurre ni mucho menos. Es que la opinión pública, cuando está suficientemente firme en su propósito, llega a romper muy bien, con la ayuda del temor de una revuelta, todas las resistencias para hacer triunfar a su candidato. Así se encuentra contrabalanceado, salga lo que salga, el abuso del poder personal, como ha sucedido precisamente en el caso de la elección de Sáenz Peña”. En realidad, las cosas no acontecieron de ese modo porque Figueroa Alcorta impuso a su sucesor en unas

elecciones —las de 1910— que, como tantas otras, recibieron el mote de “canónicas”. No obstante, Clemenceau no estaba en espíritu “de arrojar una piedra” a la Argentina política sin antes “hacer una limpieza en nuestro propio jardín”.

La limpieza en jardines propios y ajenos quedaba en manos de la opinión pública, el principal agente, según Clemenceau, de la reforma en ciernes. Ella era la que debía actuar, proponiendo y controlando. ¿Alcanzó a columbrar el viejo hombre de Estado los efectos de la reforma que, con tantos auspicios se ponía en marcha? No parece que haya tenido tiempo para volver su mirada hacia el sur del continente americano. El vendaval de la historia lo arrastró hacia otros escenarios. Clemenceau ganó la guerra, contribuyó a instaurar una paz inestable y revanchista, perdió la elección presidencial de 1919, escribió libros y memorias, siguió viajando y, fiel a una moda depredadora que hacía honor a su apodo, cazó tigres en la India cuando culminaba su robusta ancianidad. Murió en noviembre de 1929, un año después de que Hipólito Yrigoyen ascendiese a desempeñar su segunda presidencia y diez meses antes de que un golpe de Estado hiciera trizas en la Argentina aquel designio reformista que le tocó analizar con juicio benevolente.

Natalio R. Botana
Buenos Aires, mayo de 2009